

Los españoles casi perdieron el juicio de alegría, según dice un autor antiguo, al recibir descripción tan brillante de la ciudad peruana. Sus sueños más extravagantes se habían realizado, y habían llegado por fin á la región que durante tanto tiempo había resplandecido como una visión brillante ante sus ojos. Pizarro dió gracias al cielo por haber coronado sus esfuerzos con resultado tan glorioso, pero lamentó amargamente la triste suerte que lo pri-

vaba de sus compañeros, y que le negaba en momento tal los medios de aprovecharse de su fortuna. Sin embargo, no tenía motivo de queja; y el devoto católico veía en esta misma circunstancia un favor de la Providencia que no les dejaba emprender la conquista mientras que sus esfuerzos pudieran ser prematuros. El Perú no estaba aun destrozado por las disputas de los candidatos rivales al trono; y unido y fuerte bajo el cetro de un monarca guerrero, bien podía



Pedro de Candia.

haber desafiado á todas las fuerzas que Pizarro era capaz de reunir. «Fue manifiestamente obra del cielo», exclama un hijo devoto de la Iglesia, que los naturales del país lo hubiesen recibido con tanto amor, cosa que debía facilitar mucho la conquista; porque la mano del Señor fue la que los guió á él y á los suyos á estas remotas regiones para que su santa fé se extendiese y se salvaran aquellas almas (1).

bia hecho en los indios, que ya eran ruinas en aquellos primeros tiempos. Crónica, cap. LXVII.

Nota del traductor. Sin embargo, el mismo Prescott nos dirá más adelante que cuando los españoles volvieron á la conquista formal, se encontraron á Tumbes arruinado por los mismos indios. Mal, pues, puede atribuirse toda la responsabilidad de estos destrozos á los españoles.

(1) Naharro, Relación sumaria, MS.

Habiendo ya recogido todas las noticias necesarias para sus fines, Pizarro después de despedirse de los naturales de Tumbes y prometerles que pronto volvería, se dió á la vela, y prosiguió su rumbo hacia el Sur. Navegando siempre lo más cerca posible de la costa, para que no se le escapase ningún punto importante, dobló el cabo Blanco, y después de recorrer como un grado y medio, entró en el puerto de Paita. Los habitantes, que tenían noticia de su llegada; salieron en sus balsas á contemplar á los maravillosos extranjeros, y á llevarles frutas, pescados y vegetales con el mismo espíritu de hospitalidad que habían manifestado sus compatriotas de Tumbes.

Después de permanecer aquí un poco de tiempo, y cambiando regalos de escaso valor con los naturales, prosiguió su viaje Pizarro y recorriendo la orilla de las llanuras arenosas de Sechuza en una extensión de

unas cien millas, dobló la Punta de Aguja y siguió la costa en su dirección hacia el Este, favorecido siempre por brisas ligeras aunque algo variables. Pero el tiempo cambió ahora de aspecto, y los viajeros tuvieron que sufrir muchos días de un viento fuerte que los alejó mucho de la costa. Sin embargo no perdieron de vista la cadena colosal de los Andes, que á medida que navegaban hacia el Sur casi siempre á la misma distancia de tierra, se iba presentando cumbre tras cumbre con sus estupendas crestas de hielo como un inmenso océano que se hubiera detenido y helado de repente en medio de su tumultuosa carrera. Teniendo siempre á la vista esta señal, el navegante no necesitaba ni estrellas ni la aguja para guiar á su nave por el rumbo que quería.

En cuanto calmó la tormenta, Pizarro volvió á poner la proa hacia el continente, tocando siempre en los puntos principales al recorrer la costa. Por todas partes lo recibieron con la misma generosa hospitalidad. Los naturales salían en sus balsas á saludarlo, llevándole frutas y vegetales de todas esas infinitas y pingües variedades que crecen en la tierra caliente. Todos deseaban con ansia contemplar á los españoles, á los hijos del Sol, como ya empezaban á llamarlos por su blancura, por el brillo de sus armaduras y por los rayos que manejaban (1). También les habían precedido las noticias más favorables de su urbanidad

y de la suavidad de sus modales, lo que predisponía en su favor el corazón de los sencillos indígenas, y los inclinaba á la confianza y á la bondad. El corazón de hierro del soldado no había presentado aun su lado sombrío. Era demasiado débil para hacerlo. Aun no había sonado la hora de la conquista.

Por todas partes recibió Pizarro las mismas noticias del monarca poderoso que dominaba en aquel país, y que tenía su corte en las llanuras elevadas de lo interior, añadiéndose que en su capital resplandecían el oro y la plata por todos lados, y que él vivía con toda la profusión y lujo de un sátrapa oriental. Parece que los españoles habían encontrado muy pequeñas cantidades de metales preciosos entre los indígenas de la costa, exceptuando á los de Tumbes. Mas de un escritor asegura que no era esto lo que buscaban ó á lo menos aparentaban no buscarlo, por orden de su jefe. Este no quería que revelasen su sed de oro, y llegó á negarse á aceptarlo en forma de regalo (2). Lo más probable es que encontrasen poca riqueza de esta clase á no ser en los adornos de los templos y otros edificios sagrados que no se atrevían á violar. No era probable que los metales preciosos, reservados para los usos de la religión y para personas de alto rango, abundasen en las ciudades remotas y en los pueblos de la costa.

Pero los españoles encontraron suficientes pruebas



Pizarro navegando por la costa de Tumbes.

de civilización general y de poder, para convencerse de que había un gran fondo de verdad en lo que los naturales les decían. Constantemente veían edificios de piedra y yeso que probaban destreza arquitectónica

(1) «Que resplandecían como el sol. Llamábanles hijos del Sol por esto.» Montesinos, MS., 1528.

TOMO I.

ca en la ejecución, si bien no siempre elegancia en el plan. Donde quiera que fondeasen, veían campos cultivados arrancados á la esterilidad de la naturaleza, y ostentando la brillante y variada vegetación de

(2) Según el padre Naharro, Pizarro quería que los indígenas entendiesen que el deseo de favorecerlos, y no el oro,

los trópicos; mientras que un admirable sistema de riego, por medio de acueductos y canales, parecía extenderse como una red por la superficie del país, y cubría de lozana vegetación al desierto mismo. En muchos de los puntos en que desembarcaron vieron el gran camino de los Incas que atravesaba la costa, y que si á veces se perdía en medio de la movediza arena en que no se podía sostener ningún camino, también se convertía en una ancha y sólida calzada en los terrenos más firmes. Semejante disposición para las comunicaciones interiores, constituía en sí sola un monumento, no pequeño, de civilización y de poder.

Siguiendo siempre su derrotero hacia el Sur, pasó Pizarro por la altura del punto en que había de existir la floreciente ciudad de Trujillo, fundada por él mismo pocos años después, y llegó al puerto de Santa. Estaba este en la orilla de un ancho y hermoso río; pero el país que le rodeaba era tan sumamente árido, que los peruanos lo usaban mucho para sus sepulturas, porque la tierra era muy favorable á la conservación de sus momias. Tan numerosas eran aquí efectivamente las huacas indias, que más bien podía considerarse este punto como la mansión de los muertos que como la de los vivos (1).

Habiendo llegado ya á cerca de los nueve grados de latitud Sur, los compañeros de Pizarro le suplicaron que no prosiguiese el viaje más allá. Bastante y más que bastante se había hecho, decían, para probar la existencia y señalar la posición de un gran imperio indio que habían estado buscando durante tanto tiempo. Pero con sus escasas fuerzas no podían aprovecharse del descubrimiento. Todo, pues, lo que les quedaba por hacer, era volverse y manifestar al gobernador de Panamá el buen éxito de su expedición. Pizarro cedió á tan justa demanda. Ya había adelantado diez grados más que todos los navegantes anteriores en estas mares del Sur, y en lugar del triste aspecto que hasta entonces había presentado su suerte, calculaba que ya le era lícito volver en triunfo á referir lo hecho á sus compatriotas. Sin vacilar, pues, se preparó á volver por el mismo camino, y volvió á poder el rumbo al Norte.

De camino tocó en varios puntos en que antes había desembarcado. En uno de estos, llamado por los españoles Santa Cruz, había sido convidado á ir á tierra por una peruana de alto rango, y él había prometido visitarla á su vuelta. Apenas hubo fondeado el buque enfrente del pueblo donde ella vivía, cuando se fué á bordo con una numerosa comitiva de criados. Pizarro la recibió con el mayor respeto, y cuando volvió á desembarcar le regaló algunas frioleras de mucho valor á los ojos de una princesa india, y esta le rogó que le devolviese la visita con algunos de los suyos, comprometiéndose á enviar á bordo cierto número de individuos que como rehenes respondiesen del buen trato que se daría á los españoles en tierra. Pizarro le aseguró que la franca confianza que había manifestado probaba que no era necesaria semejante garantía. Sin embargo apenas hubo pisado su bote al día siguiente para ir á tierra, cuando algunos de los principales del lugar vinieron á bordo para constituirse prisioneros durante la ausencia de los españoles.

era lo que le había incitado á venir de su remoto país. «Sin haber querido recibir el oro, plata y perlas que les ofrecieron, á fin de que conociesen no era codicia, sino deseo de su bien el que les había traído de tan lejanas tierras á las suyas.» Relación sumaria, MS.

(1) «Lo que más me admiró cuando pasé por este valle, fue ver la muchedumbre que tienen de sepulturas, y que por todas las sierras y secadales en los altos del valle, ay número grande de apartados, hechos á su usanza, todos cubiertos de buessos de muertos. De manera que lo que ay en este valle más que ver, es las sepulturas de los muertos, y los campos que labraron siendo vivos.» Cieza de Leon, Crónica, capítulo LXX.

les, singular prueba de delicadeza y de consideración á los más leves temores de sus convidados.

Pizarro se encontró con que se habían hecho preparativos para recibirlo con una sencilla hospitalidad que indicaba cierto grado de buen gusto. Habían construido grandes enramadas entrelazadas con flores y arbustos olorosos que inundaban el aire con un perfume delicioso; y se había preparado un banquete abundantísimo en viandas preparadas al estilo culinario del Perú, y con frutas y vegetales de apetitoso aspecto y agradables al paladar, aunque los españoles ignoraban sus nombres y su naturaleza. Terminada la comida se divirtió á los huéspedes con música y baile, ejecutados por una compañía de jóvenes de ambos sexos, sencillamente vestidos, que desplegaron en su diversión nacional favorita toda la agilidad y gracia de que eran capaces. Antes de marcharse Pizarro manifestó á la amable peruana los motivos de su visita al Perú, en los mismos términos que lo había hecho en otras ocasiones, y terminó desplegando el estandarte real de Castilla, que había traído á tierra, rogándole á ella y á sus sirvientes que lo enarbolasen en señal de sumisión á su soberano. Sometiéndose á esto con mucha alegría y buen humor, riéndose durante toda la ceremonia, como dice el cronista, y haciendo ver que tenían una idea sumamente confusa de lo sería que era. Pizarro se contentó con este testimonio exterior de homenaje á su rey, y se volvió á bordo muy satisfecho del convite, y meditando quizás sobre el mejor medio de devolverlo más adelante por medio de la conquista y la conversión del país.

El jefe español no se olvidó tampoco de tocar en Tumbez en su viaje de vuelta. Aquí algunos de los suyos, seducidos por el aire de bienestar que por todas partes reinaba y por las maneras del pueblo, manifestaron el deseo de quedarse, creyendo sin duda que más valía vivir donde pasarían por personas de importancia que volver á su oscura condición en Panamá. Uno de estos fue Alonso de Molina, el mismo que había desembarcado antes que nadie en este puerto, y á quien habían cautivado los encantos de las bellezas indias. Pizarro accedió á sus deseos, pensando que no estaría de más encontrar á su vuelta algunos de sus compañeros que supiesen el idioma y conociesen las costumbres de los naturales. También le permitieron que se llevase en su buque dos ó tres peruanos con el mismo fin de aprender el español. Uno de ellos, á quien los españoles llamaban Felipillo, hace un papel bastante importante en la historia de los futuros acontecimientos.

Al salir de Tumbez los aventureros gobernaron en línea recta para Panamá, tocando de paso en la infesta isla de Gorgona para recojer á los dos compañeros que allí habían dejado demasiado enfermos para que los pudiesen acompañar. Uno había muerto, y embarcando al otro, Pizarro y sus pocos pero valientes compañeros prosiguieron su viaje; y después de una ausencia de á lo menos diez y ocho meses, volvieron á anclar seguros en el puerto de Panamá (2).

Grande fue, como era de esperar, la sensación que produjo su llegada. Pocos había, aun entre los más optimistas de sus amigos, que no creyesen que habían pagado hacia poco tiempo su temeridad con la vida, ya perdiéndola á influjo del clima malsano, ya por las flechas de los indios, ya en fin, en la silenciosa y vasta tumba del Océano. Su alegría fue pues grande en proporción de su anterior abatimiento

(2) Conq. i Pob. del Pirú, MS.—Montesinos, Anales, MS., año 1528.—Naharro, Relación sumaria, MS.—Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. Herrera Hist. general, década IV, lib. II, cap. VI, VII.—Relación del primer descubrimiento, MS.

cuando vieron volver á los viajeros, no solo llenos de salud, sino con indudables noticias sobre los hermosos países que tanto tiempo habían huido de ellos. Fué un momento de orgullosa satisfacción para los tres socios que, á pesar de las calumnias, á pesar de la mofa de que eran objeto, y á pesar de cuantos obstáculos les habían opuesto la desconfianza de sus amigos ó la frialdad del gobierno, habían perseverado en su gran empresa hasta probar de una manera indudable la verdad de lo que hasta entonces se había considerado como una quimérica ilusión. Desgracia es de aquellos espíritus atrevidos que conciben una idea demasiado vasta para que pueda comprenderla su generación, ó á lo menos para que se aventure á llevarla á cabo, el ser considerados como hombres que sueñan y ven visiones. Tal había sido la suerte de Luque y de sus compañeros. La existencia de un rico imperio indio en el Sur que para ellos que habían estudiado durante largo tiempo esta idea y que habían recogido todos sus argumentos que le eran favorables, había llegado á ser una cosa absolutamente indudable, era objeto de burla para sus compatriotas, que la consideraban como una de aquellas fantasmas creadas por la imaginación, que se convierten en aire en cuanto se trata de abrazarlas; al paso que se consideraba como locos á los que aventuraban sus caudales en tan disparatada empresa. Pero ya había llegado, lentamente y al traves de muchos trabajos y sacrificios, la hora de su triunfo.

Sin embargo, el gobernador Pedro de los Ríos no parecía, ni aun en estas circunstancias, muy convencido de la magnitud del descubrimiento, ó quizás lo desanimaba su misma magnitud. Cuando los socios, mas confiados ya, solicitaron su apoyo, respondió friamente, según dice un historiador, que «no entendía de despoblar su gobernación para que se fuesen á poblar nuevas tierras, muriendo en tal demanda más gente de la que había muerto, cebando á los hombres con la muestra de las ovejas, oro y plata que habían traído (1).»

Descorazonados con semejante repulsa del único punto de donde podían esperar un eficaz auxilio, los confederados, sin fondos, y casi exhausto su crédito con los esfuerzos anteriores, no sabían ya qué hacer. Y sin embargo, detenerse en este punto ¿qué otra cosa era sino abandonar la rica mina que ellos habían abierto con sus sacrificios y con su perseverancia para que otros la explotasen á su sabor? En este extremo la fértil imaginación de Luque propuso el único remedio aplicable á las circunstancias. Consistía este en apelar á la corona misma. Nadie estaba más interesado que ella en el resultado de la expedición; porque en realidad para el gobierno se hacían los descubrimientos y para el gobierno se había de conquistar el país. Solo el gobierno podía proporcionar los medios necesarios, y era más natural que considerase el asunto bajo un punto de vista más amplio y más generoso que un empleado subalterno en las colonias.

Pero ¿quién tenía las prendas necesarias para hacerse cargo de esta delicada misión? Luque estaba encadenado por sus deberes eclesiásticos en Panamá; y sus socios, soldados ignorantes, entendían mejor los deberes de la campaña que los negocios de la corte. Almagro, tosco aunque algún tanto pomposo en su manera de hablar, de estatura pequeña, de facciones poco agradables, mucho más desfigurado con la pérdida de un ojo, no era tan á propósito para la misión como su compañero de armas, que tenía una presencia agradable y que imponía respeto, que hablaba bien, y aun con elocuencia, á pesar de todos los defectos de su educación, cuando se interesaba en el asunto. Sin embargo, el eclesiástico opinó que se

(1) Herrera, Hist. general, dec. IV, lib. III, cap. I.

TOMO I.

confiase la negociación al licenciado Corral, funcionario público muy respetable, que estaba á punto de embarcarse para la madre patria adonde iba por asuntos de público interés. Pero á esto se opuso enérgicamente Almagro. Nadie, según él, podía desempeñar tan bien la misión como la persona más interesada en ella. El tenía una alta opinión de la prudencia de Pizarro, de su discernimiento, de la calma y de la reflexión con que juzgaba los negocios (2). Conocía lo bastante á su compañero para estar seguro de que no lo abandonaría su presencia de ánimo, aun en las para él nuevas circunstancias en que se encontraría en la corte, y que por ser nuevas le serían embarazosas también. Nadie, decía, podía referir la historia de sus aventuras con tan buen efecto como el hombre que en ellas había hecho el primer papel. Nadie podía pintar tan bien los padecimientos y sacrificios sin ejemplo á que se habían sometido; nadie podía contar con tanta energía lo que se había hecho, lo que quedaba por hacer, y explicar el auxilio que se necesitaba para este fin. Terminó Almagro su discurso, con su franqueza característica estimulando enérgicamente á su compañero á que aceptase la misión.

Pizarro sintió toda la fuerza de las razones de Almagro, y aunque con franca repugnancia, accedió á una resolución que era menos grata á su gusto, que una expedición á los desiertos. Pero Luque aceptó este arreglo con más dificultad. «Plegue á Dios, hijos, exclamó el eclesiástico, que no os hurteis la bendición el uno al otro, que yo todavía holgaría que á lo menos fuéades entrambos (3).» Pizarro se comprometió á mirar por los intereses de sus compañeros como por los suyos propios; pero es claro que Luque no confiaba ciegamente en él.

Algunas dificultades hubo para reunir los fondos necesarios á fin de que el enviado pudiera presentarse como convenia en la corte; tan bajo se hallaba el crédito de los socios, y tan poca confianza se tenía aun en los resultados de sus descubrimientos magníficos. Por fin lograron reunirse mil y quinientos pesos de oro, y Pizarro, en la primavera de 1528, se despidió de Panamá, acompañado por Pedro de Candia (4). Llevóse consigo algunos de los indígenas y dos ó tres llamas, varios tegidos curiosos de lana, muchos adornos y vasos de plata y oro, como muestras de la civilización del país, y documentos que habían de comprobar la verdad de su maravilloso relato.

GARCILASSO DE LA VEGA.

De todos los que han escrito sobre la antigua historia del Perú, ninguno ha alcanzado tanta celebridad, ni ha sido tan citado por los historiadores posteriores, como el Inca Garcilasso de la Vega. Nació en el Cuzco en 1540, y era mestizo, es decir, de raza mezclada, siendo su padre europeo y su madre india. Su padre Garcilasso de la Vega pertenecía á aquella ilustre familia cuyos hechos, tanto en las letras como en las armas, dieron tanto lustre al período más magnífico de la historia de España. Fué al Perú con Pedro de Alvarado poco después de verificada la conquista por Pizarro. Garcilasso se adhirió á este jefe, y después de su muerte siguió la varia fortuna de su hermano Gonzalo, siendo siempre fiel á este durante todo el período de su rebelión hasta

(2) «E por pura importunacion de Almagro cupole á Pizarro, porque siempre Almagro le tuvo respeto, é deseó honrarle.» Oviedo, Hist. general de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. I.

(3) Herrera, Hist. general, dec. IV, lib. III, cap. I.

(4) «Juntáronle mil y quinientos pesos de oro, que dió de buena voluntad don Fernando de Luque.» Montesinos, Anales, MS., año 1528.

su derrota en Xaquixaguana, cuando Garcilasso siguió el ejemplo de los demás facciosos, y se pasó al enemigo. Pero esta prueba de lealtad, aunque le libró la vida, fue demasiado tardía para salvarle la honra y acreditarlo con el partido victorioso; y la desconfianza que inspiró por la parte que tuvo en la rebelión, fue fatal para su fortuna en adelante, y según parece hasta para la de su hijo.

La madre del historiador pertenecía á la familia real del Perú. Era sobrina de Huayna Capac y nieta del célebre Tupac Inca Yupanqui. Garcilasso, al mismo tiempo que manifiesta su satisfacción porque corre por sus venas la sangre del civilizado europeo, siente mucho orgullo al considerar que descende de la real dinastía del Perú; y daba prueba de esto al combinar con su apellido el título que distinguía á los príncipes peruanos, firmándose siempre Garcilasso Inca de la Vega.

Pasó Garcilasso sus primeros años en el país de su nacimiento, donde fue educado en la religión católica, y aprendió cuanto podía aprenderse en medio del constante ruido de las armas y de las discordias civiles. En 1560, habiendo cumplido veinte años, se marchó de América, y desde entonces vivió en España. En la península tomó servicio, y fue capitán en la guerra contra los moriscos, y después á las órdenes de don Juan de Austria. Aunque se portó honrosamente en su carrera, no parece haber quedado muy satisfecho con la recompensa que el gobierno dió á sus servicios. La traición del padre influyó en la suerte del hijo, y Garcilasso nos asegura que esta circunstancia hizo inútiles todos sus esfuerzos por recobrar la vasta herencia de propiedad territorial perteneciente á su madre, y que había sido confiscada en provecho de la corona. Tales eran las preocupaciones contra él, refiere el mismo, que no pudo recobrar sus derechos, y abandonó el ejército tan pobre y con tantas deudas, que no creyó conveniente volver á presentarse en la corte, sino que determinó retirarse á una oscura soledad en que pudiese pasar el resto de sus días, desengañado del mundo y de sus vanidades.

La escena de esta oscura soledad, no era, como pudiera creerlo el lector engañado por este tono de resignación filosófica, el rincón de alguna selva solitaria, sino la ciudad de Córdoba, alegre corte en otro tiempo de la ciencia musulmana y entonces residencia de una numerosa y activa población. Aquí se dedicó nuestro filósofo á sus trabajos literarios, tanto más dulces y consoladores á su ánimo afligido, cuanto que tenían por objeto referir las ya ajadas glorias de su patria, y presentarlas en todo su primitivo esplendor á sus compatriotas adoptivos, y no tengo motivo, dice en su prefacio á su relación de la Florida, para quejarme de que la fortuna no se me ha mostrado favorable, ya que esta circunstancia me ha abierto la carrera de las letras, en que espero alcanzar fama más vasta y más duradera que la que pudiera proporcionarme la mundana prosperidad.

En 1609 publicó la primera parte de su gran obra, los *Comentarios Reales*, consagrada á la historia de su país bajo el reinado de los Incas; y en 1616, pocos meses antes de morir, concluyó la segunda parte que abraza la historia de la conquista, que se publicó en Córdoba el año siguiente. El cronista que así terminó sus trabajos con su vida, murió á la edad de sesenta y seis años. Dejó una cantidad de dinero muy considerable para que se invirtiese en misas por su alma, probando así que la miseria de que se lamentaba no se ha de tomar al pie de la letra. Enterósele en la catedral de Córdoba, en una capilla que lleva el nombre de Garcilasso; y se puso en su sepulcro una inscripción en que consta el respeto con que se le miraba tanto por su carácter como por sus trabajos literarios.

La primera parte de los *Comentarios Reales* trata, como ya hemos dicho, de la historia antigua del país, presentado en cuadro completo de su civilización bajo el cetro de los Incas, mucho más completo que el de todos los demás historiadores. La madre de Garcilasso no tenía más que diez años de edad cuando ascendió á mas bien usurpó el trono, como dice el partido del Cuzco, su primo Atahualpa. Tuvo la dicha de librarse de la matanza que, según el cronista, sufrió toda la parentela, y siguió viviendo con su hermano en la antigua capital después de la conquista. Sus conversaciones se referían naturalmente á los buenos tiempos del mando del Inca que adornados por los gratos sentimientos que les inspiraban, no perderían nada de su brillante colorido vistos al través del prisma de lo pasado. El joven Garcilasso escuchaba con ardiente interés las historias en que se refería la magnificencia y las proezas de sus reales antecesores, y aunque no hizo uso de ellas entonces, se grabaron profundamente en su memoria y allí se atesoraron para salir en otra ocasión. Cuando después de transcurridos muchos años, se disponía en Córdoba á escribir la historia de su país, escribió á sus antiguos compañeros y discípulos de la familia Inca, para obtener más noticias que las que estaban á su alcance en España sobre varias materias de interés histórico. En su juventud había visto las antiguas ceremonias y usos de sus compatriotas, entendía la ciencia del quipus y conocía muchas de las primitivas tradiciones del país. Con el auxilio que ahora le proporcionaron sus parientes del Perú, se familiarizó con la historia de la gran raza Inca y de sus instituciones nacionales hasta un punto á que nadie hubiera podido llegar, á menos que no se hubiese educado en el país, hablando el mismo idioma, y sintiendo correr en las venas la misma sangre india. Garcilasso, en una palabra, era el representante de la raza conquistada; y es claro que debe dar á su pintura un colorido muy diferente del que le daban los conquistadores.

Esto es lo que hasta cierto punto sucede; y esta circunstancia nos proporciona un medio de comparación que por sí solo bastaría á dar un gran valor á sus obras como guía para llegar al conocimiento de la verdad histórica. Pero Garcilasso escribió en una edad avanzada, cuando ya la historia había sido referida muy á menudo por autores españoles. Naturalmente trató con mucha consideración á hombres altamente nobles tanto por su saber como por su posición social. Su objeto al escribir, según dice, no era tanto añadir por su parte nada nuevo, como corregir los errores y equivocaciones en que aquellos habían incurrido por su ignorancia del idioma y de las costumbres del pueblo peruano. Pero en realidad pasa mucho más adelante; y el vasto acopio de noticias que ha reunido es un depósito de que trabajadores portentosos en el mismo campo han sacado abundantes materiales. El escribe con todo su corazón, é ilustra todos los asuntos que toca con tal variedad y riqueza de pormenores, que no deja nada que desear á la curiosidad más nimia. La diferencia que existe entre sus comentarios y las relaciones de los escritores europeos, es la misma que hay entre leer una obra en el original y leerla en una pálida traducción. Los escritos de Garcilasso son una emanación del espíritu indio.

Sin embargo sus comentarios dan lugar á una grave duda, y una que se deduce naturalmente de su posición. Dirigiéndose al alto culto europeo, deseaba presentar las antiguas glorias de su pueblo, y aun de la raza Inca, en su punto de vista más imponente. Este fue sin duda alguna el gran estímulo que tuvo para escribir ya que no le había dado elementos para ello su anterior educación, por buena que fuese para la época atrasada en que vivía. Garcilasso escribió

para alcanzar un objeto particular. Se presentó como abogado de sus desdichados compatriotas, defendiendo la causa de esa raza degradada ante el tribunal de la posteridad. El tono exagerado de panérgico que de esto naturalmente resulta, se descubre á cada página. Retrata un estado social que á un escritor utópico parecería exagerado. Sus reos antecesores se convierten en modelo de todas las perfecciones imaginables, y vuelve á nacer el siglo de oro para una nación que, mientras que arde la guerra del proselitismo en sus fronteras, disfruta interiormente todos los beneficios de la paz y de la tranquilidad. Hasta el esplendor material de la monarquía, ya por sí bastante grande en esta tierra de oro, se convierte bajo la ardiente pluma del cronista indio, en las deslumbradoras ilusiones de un cuento de hadas.

Sin embargo hay un fondo de verdad en sus relatos incoherentes, y haremos al historiador indio la justicia de creer que él estaba muy persuadido de la verdad de todas las cosas maravillosas que contaba. No hay credulidad comparable á la del recién convertido al cristianismo. En las tinieblas del paganismo se han debilitado sus ojos, y cuando los abre á la luz de la verdad no tienen la suficiente fuerza para calcular las exactas proporciones de los objetos, ni para distinguir lo verdadero de lo imaginario. Garcilasso, es verdad, no había sido convertido, ya que desde su infancia se le educó en la religión católica; pero estaba rodeado de convertidos y neófitos, hombres de su misma raza, quienes después de practicar toda su vida los ritos del paganismo, entraban por primera vez en el seno de la Iglesia. Oyó las lecciones del misionero; aprendió de él á creer implícitamente en las maravillosas leyendas de los santos, y las no menos maravillosas relaciones de sus propias victorias, que había alcanzado en sus combates espirituales para propagar la fe. Así, acostumbrado desde su infancia á estas exigencias de la credulidad, su razón perdió la facultad celeste de distinguir la verdad del error, y llegó á familiarizarse tanto con los milagros, que los milagros dejaron de ser para él milagrosos.

Pero á pesar de lo mucho que por estas razones debemos eliminar de sus crónicas, siempre hay en lo que dice un germen de verdad que no es difícil descubrir, y aun despojarlo de los fantásticos adornos que lo cubren; y después de conceder mucho á las exageraciones de la vanidad nacional, encontraremos gran abundancia de datos legítimos relativamente á las antigüedades del país, que en vano buscaríamos en los escritos del europeo.

La obra de Garcilasso refleja la imagen del siglo en que vivió. Dirigese á la imaginación más bien que á la razón fría. Nos deslumra con el espectáculo brillante que siempre presenta, y nos deleita con la abundancia de pormenores divertidos y chistes animados que salpican sus páginas. La historia de la acción alterna perpetuamente con discusiones sobre asuntos que ilustran su curso, de manera que se interrumpe la monotonía de la narración, y el lector se siente aliviado de un modo agradable. Esto sucede en la primera parte de su gran obra. En la segunda ya no había lugar para tales discusiones; pero ha suplido su falta con recuerdos, anécdotas personales, aventuras, incidentes y una multitud de pormenores triviales, á lo menos á los ojos de los pedantes, que los historiadores se han inclinado demasiado á menudo á apartar de sí como indignos de la magestad de la historia. Vemos á los actores de este gran drama con su traje de todos los días, nos enteramos de sus hábitos personales, escuchamos sus dichos familiares, y en una palabra, recogemos esas bagateles que reunidas constituyen la vida y el carácter de las personas.

Esta confusión de lo grande y de lo pequeño, mez-

clado así sin arte, es lo que constituye una de las grandes excelencias de este cronista antiguo y pintoresco. En escritos de esta clase es en los que podemos tratar de encontrar el espíritu y la forma del siglo. Los documentos públicos corroidos por el tiempo, la correspondencia oficial, son cosas útiles, indispensables á la historia. Constituyen la armazón en que esta ha de descansar; el esqueleto de hechos que le dan fuerza y señalan sus dimensiones. Pero son tan inútiles como los huesos secos de ese esqueleto si no la revisten la forma y el traje de la humanidad, y si no respira el espíritu del siglo. Mucho debemos al anticuario que con exactitud y paciencia forma las anchas y sólidas bases de la verdad histórica; y no menos al filósofo analizador que presenta al hombre con el traje de su vida pública, al hombre con máscara; pero no por esto debemos negar nuestra gratitud á hombres como Garcilasso, y como muchos novelistas de la edad media, que presentan el espejo á la humanidad, y hacen reflejar en él las interioridades de la vida, lo grande y lo bajo, lo hermoso y lo contrahecho, con todos sus accidentes naturales y con todo su legítimo colorido. Como obra artística, quizás se creará que un trabajo de esta especie no merece siquiera los honores de la crítica; pero aunque desafíe las reglas del arte en la composición, no por esto viola los principios del gusto; porque se conforma al espíritu del siglo en que se escribió. Y el mismo crítico que lo condena apoyado en los severos principios del arte, encontrará un encanto en su sencillez que le obligará á volver á hojear sus páginas mientras que deje á un lado olvidadas composiciones más clásicas y correctas.

Esta obra adquirió tanta popularidad, que fue traducida al inglés por Sir Paul Ricaut, é impresa en Londres en 1688. Se conoce que el traductor no entendía una palabra del original, y así es que su obra está plagada de los más ridículos errores. Pero aun así, tan interesante es el original, que esta malísima versión gozó de mucho favor con el público inglés.

LIBRO III.

CONQUISTA DEL PERÚ.

CAPITULO PRIMERO.

Recibimiento de Pizarro en la corte.—Su capitulación con la corona.—Visita el lugar de su nacimiento.—Su regreso al Nuevo Mundo.—Disensiones con Almagro.—Su tercera expedición.—Aventuras en la costa.—Batallas en la isla de Puná.

(1528—1531.)

PIZARRO y su oficial, después de atravesar el Istmo, se embarcaron en nombre de Dios para la metrópoli, y después de un viaje muy bueno, llegaron á Sevilla á principios del verano de 1528. Sucedió que se hallaba entonces en aquel punto un hombre muy conocido en la historia de las aventuras de los españoles con el nombre del bachiller Enciso. Había tenido parte muy activa en la colonización de Tierra Firme, y era acreedor de algunos de los primeros colonos de Darien, en cuyo número se contaba Pizarro. Inmediatamente que este desembarcó, pidiósele á solitud de Enciso por el pago de la deuda. Pizarro, que había huido de su país como un pobre aventurero, sin familia ni hogar, después de una ausencia de más de veinte años pasados casi todos en medio de padecimientos y trabajos sin ejemplo, se vió alojado en una cárcel á su vuelta. Este era el principio de aquella carrera brillante que, según lo pensaba él, le abría los brazos en su país. Este hecho causó una indigna-